



JAVIER CHAMPREDONDE

Baldosas

EDITORIAL
HANNE

BALDOSAS

CUENTOS Y RELATOS O ALGO ASÍ

JAVIER OSCAR CHAMPREDONDE

BALDOSAS

CUENTOS Y RELATOS O ALGO ASÍ

~ 2018 ~

Javier Oscar Champredonde

Baldosas

1ª ed. – Salta: Editorial Hanne, 2019.

88 p.; 20x14 cm.

ISBN 978-987-1264-34-6

1. Catalogación. I. Título

CDD 181.45

Ilustraciones: Ignacio Povoleri

© Editorial Hanne – 2019

Alvarado 2049 - (4400) Salta – Rep. Argentina

Teléf. (0387) 620 5463 (0387) 422 9473

WhatsApp: +54 9 387 411-5555

Correo electrónico: victorhanne@hotmail.com

Impreso en Argentina – Printed in Argentina

Hecho el depósito de ley.

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción de esta obra -en todo o en parte-
por cualquiera de las vías posibles, incluyendo fotocopia,
sin consentimiento previo de la editorial.

Agradecimientos

Este libro, como el anterior, tiene su nombre por el piso. La continuidad se la debo a Maxi y su chiste en una mañana de hospital.

Las hermosas ilustraciones y la gran catarata de ideas que regaron el trabajo, a Nacho.

A María, mi compañera y primera lectora, que me acompañó con sus fotos en Mosaico, el estímulo permanente a continuar escribiendo.

A mi gran profesora y amiga, Teresita, su “riguroso método Rosato” (como lo bauticé en una carta desde Cinco Saltos) con el que primero me enseñó a leer para luego, intentar escribir.

Tere, este año (si es que tal cosa existe) te mudaste de barrio y te vamos a extrañar pero, seguro, estarás cerca de nosotros. Gracias por todo.

Y a ustedes, que se animan a iniciar la lectura de este libro. Bienvenidos y adelante, sin temor, que cada página puede ser una puerta de entrada o de salida.

Abrazo.

Javier

*A Teresita,
por su generosidad.*

*A mis padres,
Carmen y Hector,
por la vida.*

*y siempre, siempre
a María, Tomás y Joaquina,
por el amor.*

Orígenes

El sillón del abuelo

Cuando inicié el recorrido hacia el campo, pasando debajo del puente a la salida del parque municipal, como al doblar por el camino plagado de toscas que lleva a las sierras, viendo de frente La Lucía, con Pigüé en la baja izquierda y, por supuesto, al dejar atrás el guardaganado de ingreso, transitando la línea de eucaliptos que conduce a la casa principal, mantenía la incógnita del por qué de esta necesidad que me llevaba (aclaro, para no generar malos entendidos, que la llamo de esa manera porque no puedo de otra).

Ahora, paso el segundo guardaganado. Con la casa grande por completo a la vista intento detenerme por una respuesta, pero mi cuerpo impone su condición material y continúa, manejando seguro del recorrido. La otra parte que me completa no se muestra tan segura. “Sólo un momento más”, me llega de algún lado. Doy la vuelta siguiendo la huella entre los ligustrones e ingreso por la puerta trasera, la de siempre.

Me recibe un olor frío, húmedo, antiguo y familiar. Transito el primer pasillo, entre la cocina, que todavía muestra los tiznes de aquel incendio y el garaje, con verdes recuerdos de la mercedita. Luego, el billar y sus tres bolas descansando las historias de cuatro bandas en el cajón. El segundo pasillo. La habitación principal de un lado y el comedor con su reloj de pie del otro, donde todavía están todos sentados a la mesa, sobre el piso de madera crujiente, y el eterno plato de comida que contiene el menú dispuesto

por la abuela Lidia, de acuerdo al día de la semana: “hoy sí que comimos bien”, dijo un niño tío Hugo ante los invitados a un almuerzo, los mismos que debieron salvarle la vida luego del comentario. Continúo, “gracias, estoy satisfecho”, digo antes de avanzar, aunque no los vea. No vayan a decir “¡Qué mal educado el hijo de Héctor!”. Ingreso al gran living de “Mamita Lucía” y su cuadro volador, la pianola a la derecha, junto al dormitorio de Roberto, rechina muda deseando a uno de sus grandes éxitos que la espera en el cajón. Avanzo y allá arriba, a la izquierda, casi en la puerta de la habitación de las dos camas, el retrato de mi abuelo ¡qué pinta Don Agustín! Me decido por la derecha, o me conducen, e ingreso a su escritorio. Siento ganas de pedirle disculpas por si interrumpo alguna lectura, pero el sillón se muestra complaciente ante mi atrevimiento. La luz rojiza que genera la araña siempre me llamó la atención, al igual que la infinidad de cajoncitos que contiene el mueble principal (descubrí que mi primo Pablo, de niño, tenía el mismo gusto que yo por revisarlos). La biblioteca a la derecha y, en el hueco del fondo, la escopeta belga de dos caños calibre dieciséis, que aún sueña con invitar liebres a integrar el estofado.

—¡Basta de palabras! ¿viste a compartir un momento conmigo o a describir la casa? —me dice el abuelo, al que al parecer le colmé la paciencia.



–Bueno, al menos no me senté en el sillón de “Continuidad de los parques” –le digo, creyéndome ingenioso.

Hago girar el asiento y reviso los cuadros de las ovejas ganadoras en Palermo.

–Abuelo ¿vos te enteraste que a los días de tu muerte salí caminando con la cuchara de madera como si fuera un bastón, imitándote?

–Ja... ¡si me enteré! ¿Y quién crees que te sostenía del otro lado?

Tengo tantas preguntas para abrir secretos como palabras hay en los libros que nos acompañan. Pero, también pueden ser un gatillo desvanecedor.

–¿Sabes, abuelo? Me hubiera encantado coincidir más años con vos.

–En dónde ¿acá o allá? –me pregunta divertido.

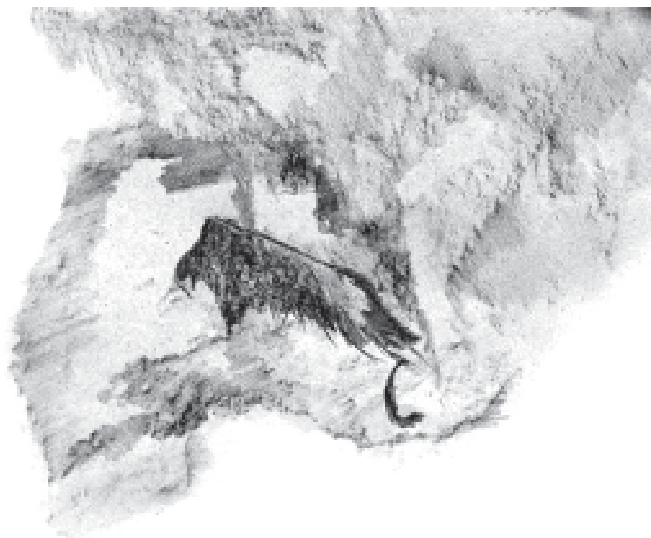
–Ah... ¡qué gracioso! De este lado, porque siempre soñé con escuchar tus relatos sobre esas historias...

–¡Pero que charlatán de feria que sos! –me interrumpe–. Si ya te contó tu padre que yo rezongaba porque no me dejaban morir.

–Sí, ya se, decías: “estos hijos que me cuidan y no me dejan morir tranquilo”... –y por fin callo. Creo entender. El silencio.

Despierto sentado en su sillón, que me acuna tiernamente. La casa, ya difusa, genera cierto temor ancestral en el atardecer ¿ocultan algo las sombras que las vuelve tan poderosas?

Me levanto sin ganas, saludo con un beso al aire y siento la humedad de una lágrima.

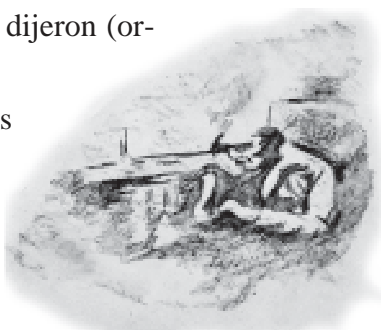


Día de cobro

A Ruperto le tomaron el cuartel por asalto y no tuvo tiempo de organizar la defensa, cuando se instaló en la casa su hija y compañía de manera transitoriamente definitiva. “Creo, papá, que ya no es conveniente que vivas solo”. Para retomar el control era necesario un golpe comando, basado en una acción sorpresiva, pero los posibles daños colaterales lo indujeron a declinar su iniciativa. También reconoció que no todo era desagrado o invasión. Los sentimientos eran confusos, ambivalentes. Además de ser su hija, en ella vivía algo de la madre.

–Vos, abuelo, en ése –le dijeron (ordenaron) y él obedeció.

Lo hizo como pocas veces lo había hecho en su indomable vida (o quizás él la catalogaba de esa manera, obviando todas las veces en que agachara la cabeza).



Pero, cansado y extrañando su aniquilada rutina, una noche decidió errar el “disparo” y dijo, haciéndose el distraído:

–¡Está bien! Perfecto para este culo viejo mí sillón que me permiten usar –y se sentó a propósito en el otro, el del sujeto aquél.

–Papá, volvé al tuyo por favor, que si llega Alberto después reniega. Viste como es, no lo hace de malo –lo disculpó ella anticipadamente.

–No, de boludo nomás –contestó él.

Una pequeña escaramuza, con la participación de tres generaciones y reproches cruzados, puso a Ruperto en retirada con un:

–Bueno, bueno, todos tranquilos que este viejo ya quita sus despojos de la sala.

–No te hagas el vivo papá... y la cortamos, que está la nena y es un papelón.

–El papelón lo estás haciendo vos, mamá –disparó la adolescente.

–¡Mocosa te doy un sopapo...!

–¡BUENO CARAJO! –explotó el viejo, y se asustó de su propio grito– Perdón, decía que ya me voy a la cama –dijo susurrando, pero con una expresión de haber recobrado algo perdido en el tiempo.

Y en la caminata hacia la habitación, fingió un tránsito abundante en limitaciones corporales. Su hija lo seguía con una mirada entre nostálgica y fulminante. La nieta le reprochó la actitud a ambos. Luego de mear adrede la tapa del inodoro, se acostó junto con la pregunta que lo inquietaba.

Durante el desayuno, comentó a su nieta la próxima fecha en que percibiría la jubilación. “Pero papá», reprochó su hija al escuchar, “cuándo me vas a hacer el poder, así

voy yo al banco y listo, vos te quedás acá, tranquilo”. Y él, buscó contestarle sin generar una cierta sensación de desconfianza. Pero sabía que era inevitable iniciar un nuevo episodio.

–Qué se yo nena, es mi platita, viste.

–¡Y vos que te crees, que te la voy a robar! –explotó la mujer.

–Uy, la puta que lo parió, otra vez lo mismo.

–Bueno papá, parece que desconfías de mí. Si lo hago yo en lugar de llevarte gano un montón de tiempo. ¿Entendés?

–Y si yo no te pido que me lleves, sólo que me dejes ir –dijo el hombre con expresión de obviedad.

–¿Pero qué van a decir las tías si no te llevo? Vos las conoces.

–Ese es el problema.

–¿Cuál?

–Que vos crees que.

–No entiendo.

–Que importa un carajo lo que crean. El problema es que no hay problema, entonces te lo inventás.

–Hija, fíjate si la leche está vencida, porque el abuelo no se siente bien. Para mí, se intoxicó –fue el comentario irónico de la mujer.

Más allá de la resistencia, la cruzada de Ruperto conquistó la salida solitaria para el encuentro con los muchachos, y la fila del banco fue una fiesta de recuerdos y piropos. Eusebio, un auténtico caballero, convidó a una dama con un café, servido en vaso plástico desde un termo de carrito “¡café, cafeeee!”

Durante la animada charla, ejercida hacia los cuatro puntos cardinales, él fue confesando que estaba cada vez más complicado alcanzar la puerta de calle. Y reflexionó: “A mi nieta, cuanto más grande más permisos y a mí, a la inversa”. Casi todos rieron, pero también se escucharon algunos lamentos. Un miembro de la vieja guardia del partido comunista, recordando antiguas gestas alcanzó a gritar:

–¡Burguesa de mierda, tremenda patada en el culo le vamos a dar! –seguido de una explosión de risas y adhesiones.

–Pará la mano Jerónimo, que es mi hija –solicitó Ruperto, un tanto divertido también.

–¡Uh, carajo, perdoná! Pero bueno –agregó– igual que se cuide si no venís la próxima –y todos soltaron al unísono la carcajada (algunos, atajando con la palma de la mano su volátil dentadura).

Fue una mañana de conversaciones extensas y risas revitalizadoras. A despecho de este mundo informatizado sentían que, si de algo interesante se informaban, era gracias a encontrarse en la fila del banco.

Los abrazos en la despedida transmitían la emoción de “tal vez sea la última” o, “espero que lleguemos todos al próximo cobro”. Pero, no impedía un desafío a eso no dicho, y efectuaban un grito de guerra con los bastones, paraguas y demás armas letales en alto “¡qué carajo, hoy pudimos!”. No eran raros los aplausos de los conocidos y tampoco lo incomprensible que les resultaba a los jóvenes, de inimaginable propia vejez.

Y a la vuelta, algo parecido a lo de siempre:

–Mirá la cara de cansado que tenés, papá.

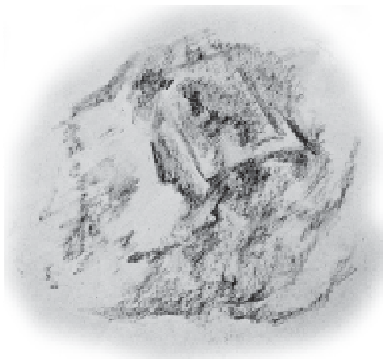
–Sí, de escuchar otra vez la misma cantilena.

Para agregar luego, más calmo, apoyado en el amoroso peso de los años y una potencia inusual en la mirada: “Hija, es simple, solo te pido que me dejes vivir. No me reemplaces vos o una máquina. Quiero ir yo al banco. Es más ¿no se podrá cobrar un poquito cada día?”

El olvido retorna como memoria o ¿quién soy?

La sensación de que su vida se desdibujaba, que perdía sentido lo construido, lo puso en alerta. El extrañamiento de sí mismo lo paralizó frente al espejo. Entonces buscó un antídoto para aquello, rastreando en los orígenes de su historia. Con esfuerzo y temor pudo recuperar la imagen de un padre que, en los inicios, lo nombró junto a su madre que ya no estaba.

La vida, sin que él pudiera saber cuándo, lo había llevado como un río que se desborda y arrastra todo lo que se pensaba a salvo. No era la que soñara cuando niño. Quizás el sentido primario, primero, permanecía guardado junto a aquél que lo nombrara (su padre impuso el nombre de Hugo por sobre el de Alberto, preferido por la madre, que derivó hacia un primo que esperaba la resolución para ser nombrado). El retorno de la eterna pregunta ¿qué hubiera pasado si portara el que había pensado su madre? ¿Él se hubiera manejado de otra manera en la vida? Quizás el desborde del río fuera insuficiente para la altura lograda con aquel. Esa A, junto a la l y la b, dan una clara idea de elevación. Hugo va muy por abajo y eso lo dejó cerca de la orilla (nótese que el cuerpo de la g tiene una parte sumergida en el renglón).



Todas las reflexiones precedentes no tenían sentido si no hablaba con su padre. Trató de ubicarlo en la casa de la infancia, pero se acercó a la vivienda que había sido de sus abuelos. Sólo desde allí le fue posible dirigirse a la suya cuando niño pero, en ninguna de las dos habitaban personas reconocibles. Se confundían los nítidos recuerdos de la niñez y las primeras etapas de la vida independiente, con unos lejanos del presente. Los días eran un florecer de diálogos internos a viva voz.

El anhelado contacto familiar le brindó un comentario entre dos hermanas de su madre, halladas por el azar del destino causal, que lo puso en alerta: “¿El proceso de este infeliz no habrá comenzado mucho más temprano que el de Norberto?” se preguntaron en su presencia, como si no existiera.

Por fin toda esa búsqueda, confeccionada con retazos maltrechos y datos aproximados, le permitió encontrarse con su padre y lo primero que hizo, condicionado por la obsesión que lo guiaba, fue interrogarlo: “¿Qué haces acá? ¿Qué cosa es este lugar? ¿Qué...?” Pero, lentamente las preguntas sin respuestas ensombrecieron la ilusión reparadora. Luego de una pausa similar a un vacío, la búsqueda del origen para recobrar sentido le dio calma a las palabras:

–Papá, cuánto tiempo, ¿cómo llegaste aquí?

–¿Y vos quién sos? –preguntó el hombre, sin desconfianza pero con cautela.

–¡Tu hijo! –reprochó avergonzado el más joven.

–Pero... no puede ser, él es un chiquilín así...–y luego de una pequeña pausa que se tomó para recrear la estatura recordada, atrapándola entre la palma de la mano y el piso, agregó– Bah, ya debe ser un muchacho.

–¡Y sí, más que eso! ¿no me ves?

–Más o menos, la verdad. Ya tengo algunos problemas en la vista ¿Cómo es que te llamas? –consultó, achicando los ojos.

–Es que a eso vengo, vos me nombraste, ¡vos me tenés que decir quién soy! –exclamó casi suplicante.

–Yo no me acuerdo quien sos y creo que tampoco quién soy. Acá me cuentan cosas de aquellos tiempos, pero... –dijo el padre con tono quedo, como rebuscando en sus vericuetos a la vez que contestaba.

–Vos me pusiste Hugo. Pero no es esa la ausencia... –y le contó aquella historia familiar vinculada a su nombre.

–¡Hugo te puse! Disculpame, pero ahora no me gusta ¡Mirá que haber discutido por ese nombre... hay que joderse nomás!

–Quedate tranquilo... es que no sé si hago bien... no sé...

Luego de escuchar estas últimas palabras, el hombre derivó lentamente hacia un estado de aislamiento, la mirada fija en un rincón de la habitación, las manos frotando los muslos. El padre sentado en una de los bordes de la cama, el hijo en el otro extremo de ese rectángulo. Las preguntas se agolpaban nuevamente en el hijo (¿quién y qué era o había sido?) mientras la vista acompañaba el sube y baja de la punta de sus zapatos. Y de pronto una ilusión, justo cuando lo estaba por disolver la más corrosiva de las preguntas ¿cómo pudo olvidarme el que me nombrara?

—Papá ¿puedo quedarme con vos? Yo me acomodo en cualquier rinconcito, si esta gente me acepta, claro —propuso el más joven. —Quizás, algún día vos, quién sabe ¿no?

En silencio recibió el mayor la propuesta, sin modificar nada de su postura, mientras el hijo adoptaba la posición del padre, y dos pequeños arroyos se formaban en ambos rostros, por el margen izquierdo, una seña particular de los hombres de la familia.

Marcas

Relator aficionado

No éramos los mejores amigos, de eso estoy seguro, pero no importaba. Esa condición no era necesaria para pasarlo bien.

Por lo que recuerdo, al tic tac de tu corazón algo le impedía marcar la hora correcta. No sé si atrasaba o adelantaba, pero era macaco y sólo aceptó sus propios ritmos (parece que la vida en parte reclama lo monótono y quizás vos tenías otra opinión). Entonces, cuando pasamos a cuarto grado y nos tocó un aula en el segundo piso del colegio (que nosotros lo dábamos por tercero ¿te acordás?) se complicó la cosa, porque tu máquina requería de auxilio para repechar la cuesta. Eras subido a upa y sólo te bajaban para la salida. Adivino algunos refunfuños por esto, aunque no los recuerdo. La cuestión es que al no poder ir a los recreos, alguien te tenía que acompañar para que no fueran un bordinio, y tu elección a veces me convocaba. Lo que compartimos era parte de lo que he sido y soy hasta este momento, un poco de fútbol. Pero éste no llegaba de la forma tradicional en que era ejercido por todo el colegio. Nos ubicábamos en la galería que da al patio principal, apoyados en la baranda, para mirar los múltiples y simultáneos partidos, y yo comenzaba a relatar alguno de esos enredos imposibles, intentando dar sentido a semejante desbarajuste. Claro, esa cancha, una y miles a la vez, era utilizada por los tres grados inferiores ¡qué despiporre!

Y ese año fue transcurriendo con algunos relatos matinales, cuando a vos se te ocurría sintonizar mi dial. Imposible reproducir acá parte de esos torbellinos infantiles que

causaban tanta gracia y, desde la altura, nos hacían parecer mucho más grandes que aquellos chiquitos de los primeros grados. Nosotros, que recién abandonábamos esa condición.

Pero, una mañana no llegaste a la escuela, no hizo falta que nadie te subiera porque ya estabas muy arriba. Según contaron te fuiste con todas la de la ley,



como corresponde a un niño. Nada del muchacho frágil por los problemas de salud. Ese corazón no daba la hora que se le pedía, pero sí pelea. Como era deber de la edad, te peleaste con una de tus hermanas y te mandaron a la cama. Entonces, satisfecho de haber cumplido, te pusiste las alas y a volar. Y ese fue el gran regalo que ella te hizo. Te permitió ser en plenitud, brindando un digno rival para explorar a fondo la niñez.

Mis disculpas, a esta altura de los acontecimientos, llegan tarde. En tu nueva condición habrás entendido por que no fui a despedirte. Ese niño buscó mil excusas para no estar y justificarse. Me acuerdo que en lugar de ir a tu entierro, caminé a comprar materiales a lo de Mezzanotte para la tarea del día siguiente ¿Cuándo tan aplicado? Quizás mi actitud te divirtió más que mis relatos. Es muy cómico pensar que a la muerte de un amigo se le escapa comprando un mapa con división política de la República Argentina (pero era una fantasía válida para esa altura de nuestras vidas, no me digas que no).

A veces pienso en todo aquello con una mezcla de culpa y cariño. Nunca te agradecí haberme distinguido con tu presencia como “radioescucha”. Lindo broche para la historia sería poder decirte que relato en el equipo de Víctor Hugo. Pero no, eso sería puro cuento. Y allá ¿qué radio escuchás?

Mis tres goles

Un estado de ensoñación me fue arrebatado por un recuerdo inescrupuloso, que no tuvo contemplaciones con su dueño y soñador.

¡Infeliz! A mí, tu mentor, me atacás de esta manera (es que no puedo menos que tratarte así, disculpame si te parezco brusco). Vos sabés muy bien que ese sueño de goleador era irrepetible, quizás inmejorable ¿Cómo pudiste hacerme esto?

Quizás a ustedes también les parezca exagerada la reacción, pero no es fácil aceptar y además sin pataleos, la revelación de la intrascendencia de los tres goles logrados a lo largo de mi carrera futbolística. Porque, al perder esa bella irrealidad que tenía realmente al alcance del cerebro, me vino la real vivida, en su tamaño y dimensión exacta y por lo tanto fatal.

Al primero de los goles lo recordaba con cariño, poniendo el énfasis en el compañerismo que me permitió la conversión. Ganábamos seis a cero contra la sexta división de Unión Fútbol Club (más conocido en tiempos de mi abuela como “Fobal Clu”) cuando nos otorgaron un penal. Mis compañeros me señalaron como el ejecutor, sin que a mí se me pasara por la cabeza previamente tal posibilidad. Acepté de inmediato y me encaminé (creo que confiado, vaya uno a saber desde esta distancia) hacia el área rival, lejana zona alcanzada sólo en sueños (¿se entiende ahora mi inicio ofuscado?). Atravesaba ya la parte media de la cancha, que incluía la línea de mis compañeros más avanzados, a los cuales sólo les identificaba la espalda (en la calle los

tenía que dejar pasar y mirarles el revés para reconocerlos) cuando escucho, todavía lo hago, una voz de aliento que ahora dimensiono de otra manera: “tranquilo Chanfle, si lo errás no importa”. Lo que entonces me sugería una actitud positiva de mis compañeros, me demuestra hoy cuál era su visión de mis posibilidades. Por suerte la pelota entró fuerte, al medio, arriba. Yo regresé a mi casa como si hubiera definido el partido sobre la hora. Hoy reconozco la triste función “decorativa” de la conquista.

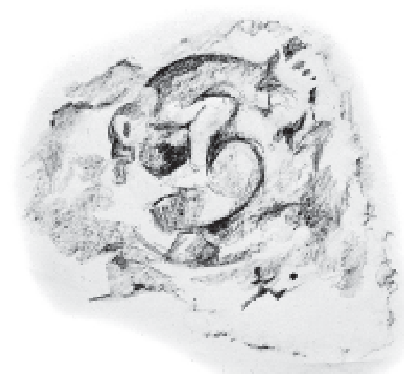
El segundo llegó varios años después, ya cursando la secundaria. Peleábamos el primer puesto con Sarmiento y en el cruce nos tocaba de locales. Cancha del Deportivo Argentino, denominado el club de “Villa Esqueleto” por su cercanía con el cementerio local. Mi cuerpo de aquél entonces no se condecía mucho con esta denominación (no es que me faltara algún hueso, sino que los tenía excesivamente recubiertos). Al recibir el primer gol en contra el equipo reaccionó de manera agresiva en el juego, no por la violencia aplicada en cada disputa (mejor no recordar ciertas cosas) sino por el ataque constante buscando el empate. Como resultado de esta actitud en un rato ya estábamos cero-tres (nos mataron de contra, como se dice). Pero bueno, también recuerdo que quité una pelota en la mitad de cancha, la abrí a la derecha para que picara Marcos y corrí en línea recta hacia el área rival a buscar el pase (nótese que ya me animaba a ir de excursión más allá de la zona defensiva). Vino el centro esperado y con una bolea de derecha, desde la media luna del área convertí el descuento. Resultó.

tado final: uno-tres. Yo regresé a mi casa como si hubiera definido el partido sobre la hora. Hoy reconozco la triste función “decorativa” de la conquista.

El tercero ocurrió en mi último partido con la camiseta del Depor. Viajé a Pigüé para pasar la Semana Santa en casa. Ya estaba estudiando en la universidad (ahora que lo pienso, un gol por nivel educativo). Como había realizado la pretemporada con el equipo durante el verano (motivo: aburrimiento veraniego nomás) me permitieron jugar en la reserva, por lesión en el tobillo del líbero titular. Jugamos con Boca de Coronel Suarez, y si bien me sentía un poco falta de aire por el ritmo de competición que tenía el partido, en el segundo tiempo logré capturar, con una bolea de zurda, un centro llegado desde el sector izquierdo de la cancha. Pelota adentro. Lo grité, ¡era contra Boca! (quitemos lo de Coronel Suarez). No me importó que fuera el uno-tres, de un resultado que ya nos tenía perdedores hacía rato. Gaby Franz se acercó riendo y me dijo ¡hijo de puta! Y no supe si era por la sorpresa de mi conquista o porque ya nos habían hecho tres y yo era el último defensor del equipo. Regresé a mi casa como si hubiera definido el partido

sobre la hora. Hoy reconozco la triste función “decorativa” de la conquista.

Jugando en mi club nunca me tocó hacer un gol importante, pero los tres que hice los recuerdo con cariño. Me hubiera gustado llegar a la primera y un



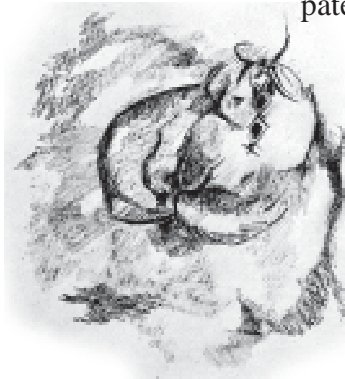
lunes leer en la tapa de algún diario local: “Se hizo presente en el marcador el Decorador de resultados”. Pero bueno, no todos podemos ser Messi. Si todos fuéramos Messi ¿qué sería de Lionel?

Pasos aéreos, golpiza terrena

Pasos aéreos de mariposa que amaga a posarse y no lo hace. Así eran los pasos de mi abuela, que creo (más que creo, estoy seguro) caminaba sin apoyarse en el suelo. Y así, con esa levedad, apareció aquel día de séptimo grado y cama por paperas.

Durante el cautiverio, mi hermana Cecilia había intentado enseñarme a tocar el piano y yo, alumno incrédulo de mis propias posibilidades, lograba hacerlo, pero sólo como una cuestión física, agarrarlo como a un palo de amasar, por ejemplo. De la música, ni noticias. Entonces, el regalo de mi abuela Tina pareció acertado, aunque se insinuara incompatible con su aparente fragilidad y mi incursión musical. Dentro de la bolsa de Girolimini Deportes, que aún recuerdo, me fue entregado un par de guantes de boxeo, en la cama de la habitación que hoy es living comedor (digamos que ahora descansaría dentro de un mueble que aloja platos y manteles).

Ya contábamos en la familia con antecedentes, por línea paterna, de la práctica pugilística.



Por ahí ha quedado registro de que mi abuelo Agustín fue boxeador y ciclista (quizás utilizaba la bici para rajar del oponente). También lo certifica la filmación casera en súper ocho, donde se ve a los pequeños Marcelo y Alejandro tratando de levantar las

manos enguantadas para iniciar combate, ante la mirada divertida de Gabriela y mis padres (es probable que hoy, la misma escena, provocara la intervención de un trabajador social).

Para este nuevo par de guantes se apreció que mis padres habían crecido, porque mi mamá no estuvo muy conforme con la idea de la suya, y sufrí varias desapariciones temporarias del pugilístico elemento. Más me hubiera valido que fueran permanentes, porque debo reconocer que me generaron varios dolores de cabeza. Y no hablo en términos figurados, ya que recibí algunos nock-out propinados por Alejandro, aunque me diera a mí el guante derecho y él utilizara el izquierdo. Los cinco años de diferencia que nos separan no podían ser equilibrados por la diestra y la siniestra. Más bien siniestras eran las palizas que me pegaba, y bien dadas, con aquella, la izquierda. De Marcelo creo que zafé, aunque a veces dudo si es que logré evitarlo o daba tan duro que me dañó el disco rígido.

Y todos estos recuerdos por el percance del otro día. Fue imposible explicarle al muchacho que golpeé en el colectivo, que estaba soñando. No hubo caso de que le entrara que era “una descarga onírica producto de aquellos eventos familiares”. De última le dije, cuando ya me vi perdido, “vos con la izquierda, que sos mucho más grande”. Pero para mí que no entendió la regla, porque me descargó parejo con ambas mientras decía, “para que tengas y repartas con tu familia, ya que los extrañas tanto”.

Autodesagravio

He cargado con el mote de pesimista gran parte de mi vida (la otra todavía no la viví) de una manera absolutamente injusta. Creo que llegó el momento de desarticular esta imposición, aunque para ello deba perder (entregar) el conjuro contra la derrota que me acompaña desde la niñez. Y lo voy a realizar a riesgo de pasar a ser declarado mufa, cosa que te aleja aún más del resto de los seres humanos. El pesimista es necesario para compensar cierto desequilibrio en proyectos sobrevalorados. En algunos casos hasta es reconocido su servicio y se lo corona con el distinguido atributo de “apego a la realidad” pero, el mufa es mufa y no hay eufemismo que lo arregle. Asumo que puedo ser condenado al exilio, a vagabundear solitario, pero ya no soporito el injusto adjetivo.

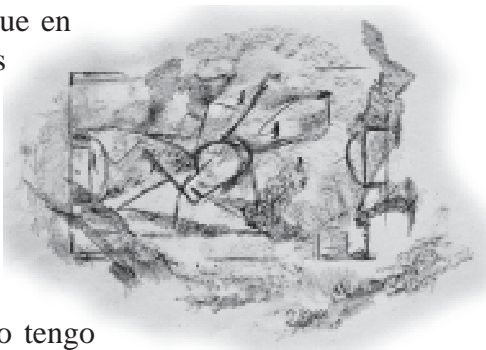
Y paso a explicarme a través de un ejemplo:

Estamos con Gustavo, mi primo mejor amigo de la infancia, a punto de mojarnos la cara de cuarto grado en el piletón de los baños de la cancha grande de la escuela (no puedo continuar este relato si no refiero al extrañamiento que me generan hoy, desde el recuerdo, los sanitarios ubicados en una platea a cuarenta centímetros por sobre el piso de la cancha. Escalón de gran peligro para el futuro de los habilidosos y accidente geográfico inmejorable para las mañas de los matungos) cuando le digo:

–Hoy me parece que perdemos –y adivino, sin necesitar de ninguna habilidad paranormal, el:

–¡Dejate de joder! Vos siempre el mismo pesimista.

Debo confesar que en aquellos momentos sólo intuía el significado de esa última palabra. Mi primo también utilizaba otra expresión críptica para mi vocabulario: “original”. No tengo



noción de cuándo logré incorporarla de manera correcta pero, evidentemente, mi brutalidad se correspondía con el término a esa altura.

Como toda niñez, la mía contaba con un componente mágico. Ese que me volvía un pesimista para los demás porque, lo que no le dije a Gustavo, ni a ningún otro, es el motivo de esa frase. Yo no pensaba que íbamos a perder con esos pataduras a los que les metimos cinco pepas y que pase el que sigue. Eso que sucedió era evidente hasta para el más necio de los observadores. Pero también necesario ejecutar la fórmula, porque conjuraba cualquier posibilidad de tergiversación de la historia. Si alguna vez me permitía mostrar un rasgo de optimismo, paf, derrota segura y lo que hiciéramos no iba a servir de nada para revertirlo. Ya sé que es un pensamiento mágico infantil poco “original”, que pertenece al mundo de la infancia y no a este sujeto en particular. El problema, el gran problema, es que en mí pasó olímpicamente la infancia, la adolescencia (donde quedó disimulado dentro de la rebeldía esperable y el contratodismo profesional) y preocupantemente a la juventud para instalarse, ya muy señorial, en la adultez. Esto me ha

vuelto objeto de escarnio, pero injustamente. Porque yo insisto en que es mi deber manifestarme descreído de las cosas en las cuales creo fervientemente y entonces, cuando llegan los resultados que realmente espero:

–Viste que te lo dijimos, pesimista empedernido.

Y yo:

–¡Y la puta que lo parió! ¿Por qué tengo que aguantarme a estos gansos que lo lograron con la ayuda de mi conjuro? ¡Si estaba más convencido que ellos de que lo íbamos a lograr!

Siento estar llegando al límite de mis fuerzas y debo hacer algo antes de aplastar al próximo que insinúe comenzar con el “viste que...”.

Será lo que deba ser o será una catástrofe. Ustedes también cargarán con la frustración de los proyectos truncos y me pedirán ¡qué digo pedirán, rogarán! que vuelva a ser el de antes. Pero no ¡Abdico de mi deber a favor de quien lo quiera! Claro que pasaré a ocupar el lugar de chivo expiatorio por mufa, porque toda iniciativa en la que participe y aliente fracasará, pero nunca más pesimista, esa falacia infame.

La decisión ha sido tomada. ¡Aténganse a las consecuencias!

Aprendizajes

El regalo de Tizón

Iniciamos el viaje meses antes de sentarnos en el auto y poner la cabeza rumbo a Salta. Había llegado el momento de concretar la programada visita pero, también tenía guardado en un ángulo de mis motivaciones (mucho lugar no quedaba en el auto), el deseo de conocer el pueblo de Yala. Es que allí había vivido y escrito Héctor Tizón. Apellido que golpeó el centro de mi ignorancia y me pregunté ¿qué escribirá éste, que nada tiene que ver con mis vecinos? Para responderme caminé en sus escritos que me transportaron al norte argentino y parte de la historia nacional (que en aquel tiempo no era ni tan nacional, ni tan historia). Desde ese momento, Yala me quedó grabado como una necesidad. Tenía que ir, ver la casa de este hombre, entender más.

Ese día llegó dos años después de la lectura. Salimos de Salta a la mañana, y luego del disfrute que regala el camino viejo a Jujuy entre la yunga y algunas peripecias automovilísticas, entramos al anhelado pueblo. La ansiedad hizo que fuera sin reparar en ninguna señal y terminamos en un lugar sin salida. En estas circunstancias, me pareció más que acertada la propuesta de María, de dirigirnos a la oficina de turismo que yo ignorara. El joven informante no podía ayudarnos a encontrar la casa, pero sí sabía que ya estaba habitada nuevamente (chisme local, supongo). Sin embargo, no se amedrentó y juntos fuimos a consultar al puesto de artesanías allí ubicado (con ésta se reivindicó en su carácter de informante). La indicación obtenida fue precisa: “tiene que tomar la calle por la que ingresó antes, cuando topa con las casas, hace una cuadra a la derecha,

una a la izquierda y la única que tiene unos sauces y el portón de rejas negras, esa es la casa de Tizón” (ahora ustedes también saben cómo llegar). Ya tranquilo, aproveché para preguntar sobre una procesión que habíamos observado. Nos enteramos que eran las fiestas patronales, día de Santiago Apóstol, de quien llevaba impuesto el nombre la parroquia local. Agradecí la información y partimos.

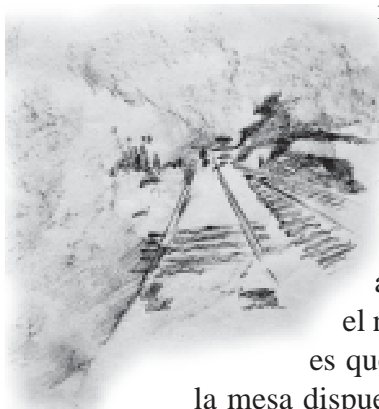
Fue emocionante llegar a la casa y sentir que allí se habían vivido, pensado y escrito algunas de las historias que leí a tantos kilómetros. Puedo decir que respiré Tizón. Me di el gusto de la foto junto a mis hijos, y de soñar que dentro se encontraba el escritor, pronto a dar una vuelta por su jardín ¿Qué sentirían los nuevos habitantes? ¿Por qué no estaba vivo, para que yo golpeará y le dijera cuánto me gustó leerlo? ¡Hasta pronto Tizón! Me voy a espiar esta fiesta de su pueblo. Quizás usted hubiera participado.

Y nos acercamos a la parroquia nomás, donde estaban los fieles con sus santos y Virgen al hombro, y todas esas increíbles muestras de respeto. El sol, que apenas los entibiaba, me empujó hacia la sombra. Una vez depositadas las figuras delante del templo, los pobladores se acercaron para tocarlas y al persignarse murmuraban algo a sus divinidades. Entonces, se develó uno de mis puntos de mayor ignorancia. Donde creí ver una imagen, una representación, estaban el Santo mismo, la Virgen en persona. Sus manos, llenas de trabajo y verdad, los acariciaban. Sé que suena fantástico, pero me arriesgo. No presento mis creencias, estoy felizmente obligado a decir lo que vi, lo que viví.

Frente al templo, también la fiesta de los puestos con comidas regionales y una pequeña calesita. El niño que la hace girar con la fuerza de sus brazos, me cuenta que aprovecha el fin de semana para ganar unos pesos.

Pasando la parroquia, el palco oficial y los jinetes con banderas y estandartes en plenos preparativos para la demostración (también ellas ¡Quién dijo que sólo montan los hombres!). Primero fue “tirar del cuarto”, donde el cabrito es el invitado que no quiere asistir (dicen que trató de excusarse, expresando que no quería ser motivo de discordia entre los hombre, pero no le fue aceptado). Todo delante del palco oficial y la parroquia, a la salud de Santiago y la Virgen (presumo cierta desaprobación de San Francisco, representante natural del cabrito).

Después de pasar un rato entreverados con los poblado-



res, nos dirigimos a la casa que fuera la estación de ferrocarril, para comer algo.

El menú ofrecido: empanada de carne, empanada de pollo y picante de mondongo (pienso ¡cómo será el

asunto para que lo aclaren en el nombre! Acá la regla general es que la cosa pique).

Sentados a la mesa dispuesta sobre el andén observa-

mos a los jinetes, con sus caballos peruanos de paso bien marcado y, entonces, da inicio la locución: “por favor las autoridades, acercarse al palco oficial. Por favor padre Choque, suba al palco” y, “por favor a los padres de los

niños pequeños, vieron como son los chicos que no saben de peligros y cruzan la calle sin mirar, jugando, y ahora va a comenzar el desfile y es de ida y vuelta y los caballos los pueden lastimar” y que “los niños se cruzan y ustedes los padres son los responsables y... ahí, miren, ahí, miren como se cruza esa niña ¡los padres, los padres de esa niña! ¡Vieron que yo les decía!”

Por fin se da inicio al “desfile cívico”, y un relato disonante se cuela en mis oídos, casi desconectados, por la atención que requirieron las empanadas que ya comenzaban a picar en mi boca: “... ahora, por delante del palco principal, la Ford Ranger adquirida con fondos del Ministerio del Interior de la Nación,... y ahora tenemos delante nuestro la camioneta Peugeot Parner, adquirida con fondos propios del Municipio, destinada a trasladar a la ciudad de Jujuy para realizar trámites y gestiones”, y observo a los orgullosos choferes estacionar los móviles municipales junto a las vías.

Toda una fiesta de la comunidad, ensamblada dispareamente para mis extrañados parámetros. No parecen del mismo conjunto Santiago Apostol y la Parner y, menos aún, la Virgen María y la Ford Ranger. Pero, lo más probable es que esto sea fácilmente rebatido desde otra perspectiva. Entonces, me entrego sólo al disfrute, sin negar lo que veo ni negarme, y agradezco infinitamente el obsequio que nos ha brindado Don Héctor Tizón.

¿Destino?

Juan pedalea contra el viento de la costa, que viaja por los surcos de su rostro: grietas que se vuelven cauces de ríos de labores, alegrías y tristezas.

Llega al destino, desmonta el vehículo y se deja llevar por sus piernas hasta el obrador, como si éstas hubieran adquirido la capacidad de tomar sus propias decisiones. “Ya estoy como los pingos viejos”, piensa y se ríe.

La ropa que sobraba pedaleando, en un instante hará falta, pero luego otra vez estará de más. Esteban lo saluda con una palmada en el omóplato, que lo descoloca.

–¿Qué pasa viejo, te agarró la flojera? –pregunta acompañado por la risa de los demás.

–Pendejo, te quiero ver a los sesenta –protesta divertido, pero intentando imponer algo de respeto.

Ya no queda pelo que ayude a sujetar el casco amarillo. La ropa de grafa pesa sobre el cuerpo y la pala se vuelve un objeto extraño, intruso en la mano, distinta a la comunión lograda en otros tiempos.

Los borceguíes de seguridad lentifican el tranco. “Ojalá nunca llegue al pozo” desea, pero sabe que avanza.

El pequeño ingeniero le apura el paso con un:



–Vamos viejo, que se pasa el día.

–A usted el día, a mí la vida Señor –retruca Juan, que ha perdido algunos miedos y ganado otros.

Con las primeras paladas, los mates regresan agriamente a la garganta.

–Che, ¿trajeron un poco de líquido? –pregunta socarronamente a los compañeros, que le pasan la botella de gaseosa con el combustible.

–Ahora estamos mejor –se anima–. Esta cosa sí que es buena pibe.

El día avanza y para el asadito del mediodía el delegado consiguió carne en cuotas.

–Por suerte los muchachos se reúnen seguido con la gente de la empresa sino, no sé lo que sería esto –comentan algunos mientras comen.

No es fácil regresar del almuerzo. Cuando el cuerpo vuelve lentamente a la vida, avisan que es la hora de retomar la actividad. Por la tarde, al salir del pozo para entregar las herramientas, a Juan le duele el cuerpo. Todo. El casco empieza a lastimar la piel de su cabeza.

–Me cago en la seguridad –rezonga.

De nuevo a la bicicleta. Juan resiste a pedal firme (o casi), mientras piensa y se ilusiona con el vino que lo espera en su casa. Primero hará el intento de sentirle el gusto, pero sabe que por ese precio mucho no se puede esperar. Luego vendrá la seguidilla de vasos y el:

–Juan, ¿por qué tomás tanto? –pregunta incansable de Noemí, con un rocío cristalino sobre los ojos.

Y todas las noches el golpe a la mesa, el odioso mareo y la respuesta entre la búsqueda del equilibrio:

–Si estuviera el nene tomaría conmigo y vos no romperías las pelotas. Vos tenés suerte conmigo Noemí, los otros se van a la avenida a buscar travestis.

Después, después lo mismo de todas las noches.

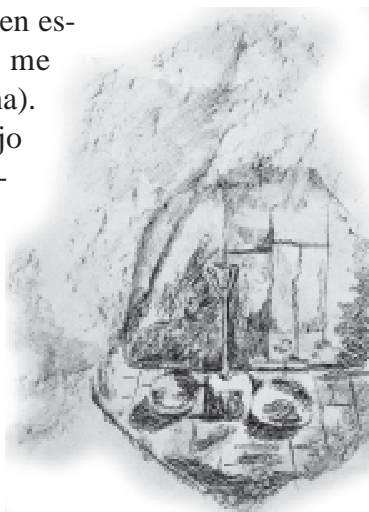
Pobre gente

La presencia de mi hermano en la puerta de casa, a esa hora de la noche, resultaba alarmante. Cuando me ofreció el trabajo, confirmé mis sospechas. Ni un día me duró el estado de desocupación. No es que pretendiera prolongarlo irresponsablemente, pero un descansito no era mal visto por mi tendencia al ocio. Me ofrecían un puesto como su ayudante en la obra, una oportunidad de trabajo formal y nuevo aprendizaje, diversificando los saberes, por si acaso el título no encontraba donde ser ejercido.

Muchos y lindos recuerdos me quedan de aquel año en la construcción. Las historias de esos compañeros con mucha más calle que yo, pobre estudiante universitario y los nuevos códigos a cumplir, que continúan rindiendo sus frutos. Entre todas esas gratas experiencias, un lugar destacado para las conversaciones con Osvaldo Rodríguez, topógrafo de la empresa que reemplazó a mi hermano en su labor (aún me reprocha haberlo sobrevivido en el empleo pero ¿qué culpa tuve yo?).

Por esas cuestiones de la reducción de personal Rodríguez, además de topógrafo, fue en simultáneo capataz. Por añadidura (yo era como un apéndice externo del nombrado) pasé a cumplir una doble ayudantía (clarísimo como el agua que por el mismo sueldo). En esta vida laboral paralela era observador y partícipe, según las circunstancias, de las tareas pesadas a las cuales en algunas oportunidades cumplía por propia iniciativa. Mis parámetros de dignidad las ubicaban por sobre el lavado de los platos del asado compartido con los ingenieros (Dieguito, más joven que yo

pero mucho más entrenado en estas lides, agradecidísimo me hacía el intercambio de faena). A veces paleaba junto al viejo Juan con el agua hasta las rodillas, imaginando que era un gimnasio gratuito mientras él, soñaba con el vino que lo rescataría. Nos entregábamos a ilusiones distintas: yo, a un supuesto próximo y seguro destino fuera de esta vida; él, a los poderes anestésicos del etílico fluido.



Rodríguez, peronista de la vieja guardia, me contaba (entre conversaciones sobre el presente del país a la salida del menemato) cómo en sus tiempo de joven recién llegado a Buenos Aires, desde su Santiago del Estero natal, parían las puerta del cine muchachos con el índice y el mayor en alto, la ve de la victoria bien arriba, luego de vivir “La clase obrera va al paraíso”, voz en cuello, todos cantando por un mundo más justo.

Una mañana en que mi suerte se inclinó hacia la tarea de ayudante de topógrafo y entonces tuve tiempo de conversar con el capataz, Rodríguez me contó una historia sobre su abuelo, si mal no recuerdo, que cultivaba melones en las áridas tierras santiagueñas. Allí, en medio del campo, con escasas comodidades según la observancia desde una vida citadina, este hombre se lamentaba por los franceses que, según le habían comentado, pagaban fortuna por aquellos

melones que él producía. Sorprendido escuchó que a esa fruta, que él le tiraba a los chanchos cuando recién partida no le parecía digna de su paladar, estas personas las compraban por unidad, acomodadas dentro de un empaque como si fueran una perla, a valores inauditos. Y reflexionaba, frotándose las ásperas manos: “¡pobre gente!”

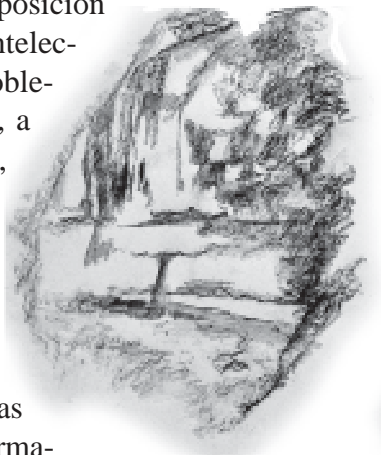
Terminado el relato me nació una sonrisa y supuse que la conclusión era obvia.

En el tiempo que ha pasado desde aquellas conversaciones hasta hoy, he rebobinado esta historia en varias oportunidades y ya no encuentro la obviedad. Ahora sólo me nace una duda: no sé de qué lado del océano está la pobre gente.

Búsquedas

La búsqueda caminada

El hombre caminaba por la vereda con la cabeza gacha pero a buen ritmo, mirando las baldosas como si fuese posible que alguna contuviera la respuesta. Podría pensarse que él, sólo adoptaba esta posición para contener al ejercicio intelectual que desentrañara el problema, pero no era así. Intuyó, a partir de un extraño sueño, que aquello que lo salvaría estaba oculto, o no tanto, en una de las innumerables piezas que embellecían a las veredas del pueblo.



Las interminables marchas acumularon años de pasos formadores de caminos y él, era capaz de reproducir cada uno de aquellos cuadrados o rectángulos que constituyeron la soledad de sus días. En una época, los habitantes del lugar catalogaron a aquél desplazamiento como deambular desorientado, pero luego, de alguna manera, todos fueron parte de la actividad. Sin que el hombre lo notara, era acompañado por las personas que realizaban sus caminatas saludables siendo, al principio de esos tiempos, el tema exclusivo de conversación durante el trayecto (se estarán representando ustedes, en este momento, la variedad y profusión de las hipótesis vertidas). También, por los turistas de este pueblo costero, a quienes vendían la posibilidad de participar, mientras escuchaban las conjeturas elaboradas

por los vecinos. Los padres de aquellos jóvenes acreedores del primer permiso para una salida en grupo de pares, exigían a sus hijos que siguieran la senda que él marcara, para fácilmente hallarlos de ser necesario. ¡Qué decir de los niños del pedal! Alborotadores de las columnas formadas en las tardes de primavera, época favorita de la bicicleta.

Y así fue desarrollándose toda una vida alrededor del él. Aunque parezca insólito, o sólo un artilugio a los efectos de adornar esta historia, no puedo dejar de contar que algún artesano visionario talló y comercializó las pequeñas réplicas en madera del trazador de caminos. Sin proponérselo, él, que buscaba su respuesta, fue brindándole al lugar al que llegó buscándose, una identidad que no había construido. La población se puso en “marcha”, y así los reconocían desde las otras localidades de la zona.

En el día que sólo él esperaba, todo fue igual a la igualdad de cada día (no me pregunten cómo cubrió sus necesidades vitales ese tiempo. La verdad no lo sé, pero no estoy autorizado a revelarlo), hasta que creyó interpretar lo que esa sucesión de baldosas, recién aparecidas y tantas veces transitadas, le susurraban estrepitosamente: “Serás tu camino”. Dicen que llegó a disfrutarlo, andando con la mirada hacia el horizonte, en el poco tiempo que vivió luego de descifrado el enigma.

Fugando hacia la calma

*“De pronto, debo salir corriendo como loco
escaleras abajo hacia la calle,
de a saltos porque el aire
se ha terminado en mi habitación.”*

Fabián O. Iriarte

Disculpe si le parezco agresivo pero, recuperar el silencio sería no contestar a su pregunta. Aunque no tengo la certeza de que esto sea lo que necesito. Recuerdo muy claro que las palabras calladas me explotaban en la piel como una bomba de agua, pero arrojada desde el interior. Una de ellas, con más potencia de la que yo podía contener ¿reprimir? (y hablo de la sucesión de letras unidas en un símbolo y no del elemento acuático—explosivo), se escribió sola en mi superficie y por un tiempo transporté un involuntario tatuaje. Y fue mi escaso gusto por oficiar de soporte de algo permanente, lo que me incitó al habla como posible removedor. Así, la intrusa se fue desvaneciendo, deshilachando con cada trabajoso vocablo. Igual, siento que es una injusticia llamarla de esa manera, porque fue mi creación. Lo que sucede es que se independizó de muy joven, recién sentida nomás, ni nombrarla pude y no lo soporté. Como tampoco a aquella idea de eternidad, que me expandía el cerebro hasta hacerlo golpear contra los huesos de mi cráneo, buscando una salida.

En aquel tiempo, experimentaba casi todas las noches una vivencia que quizás usted también atravesó, cuando el aire que logra ingresar por los conductos disponibles, no

alcanza para satisfacer sus necesidades de oxigenación, porque en ese momento son así, en plural. Parece que los muros del cuarto compiten con usted por el gaseoso bien contenido en el interior y entonces abre la puerta, si es preciso a las patadas, y en la fuga respira agitado pero con intención de profundidad, avariento y con angurria, incorporando en bocanadas si es posible lo que se presenta escaso y esquivo, con un movimiento consciente, que hasta hace unos instantes nada más, era maquinal e involuntario ¿Habrá pensado usted aquello que yo, que nunca más podría volver al automatismo?



Dígame si está de acuerdo, si no igual, me da lo mismo. Todo comienza con el ahogo, que suponemos se debe a la trepada del corazón hasta la garganta, repiqueteando desacompañado contra la campanilla, en un intento de acceder al mundo exterior (¡más le vale mantenerse adentro, señor palpitador!). Y entonces, uno intenta bajarlo a su puesto de trabajo con la ingesta de un vaso de agua, pero resulta que el fluido pasa y el órgano ascendido continúa allí, latiendo en ese lugar inadecuado ¿Será esto posible? Digo, las dos cosas, el corazón en la garganta y el paso del agua a través de sus tejidos (si es que así se llama la materia que lo compone).

Y ya después, superada la explosión, va recobrándose la calma, asido mentalmente a la última y particular cuerda que lo mantiene cuerdo.

Pero, retomando el tema con que dimos inicio a la conversación (cuando me puse un tanto brusco), también siento una gran pérdida al hablar. Antes observaba más y decía menos, entonces mis palabras eran precisas, certeras y, como consecuencia, admiradas. Aquí vamos llegando a la cuestión, creería, porque lo que ronda mi cabeza, si es que allí ronda algo todavía, es esta vieja dualidad por resolver: “Qué soy o qué parezco” ¿Cuál es verdadero?

Sólo percibo el silencio y estos pasos en aceleración dentro de mí.

Rengo volador

A Diego Camerucci

La idea del vuelo lo había atrapado casi en el mismo instante en que perdió la posibilidad de caminar, por aquel choque tan tonto que reconstruyó mil veces para evitar que sucediera. El debut aéreo fue como acompañante en un ala delta, disfrutando de la vista pero sin poder comandar las acciones. El experto le dijo, con muy buena onda, “vos tranquilo que yo te llevo”, pero a él le dio por las pelotas, al igual que cada vez que se sentía tratado como un niño por estar en una silla de ruedas.

Lo del paracaídas se presentaba mucho más interesante porque caería solo, libre de todo el humillante y cansador auxilio. Cuando le preguntaban por la calle, ante un obstáculo, “¿Te empujo?”, él les contestaba “¿Qué te crees, que soy un auto con problemas de arranque?” Esta respuesta era para los días de buen humor y contestaciones amables. En los malos, disparaba algo más o menos del estilo: “Hagamos una cosa mejor, traeme a tu hermana y yo la empujo”. Así eran los bifés que se comía también. Al muchacho que siempre recordaba, hasta con cierto cariño, era ese que le dijo: “Rengo pelotudo, te crees que te tengo lástima”, y le pegó una paliza que lo dejó hecho una bola de carne picada. ¡Pero él como lo agradeció! Por fin alguien que no claudicaba ante esas cuatro ruedas. El episodio lo regresó a los mejores tiempos, como si los golpes le hubieran aflojado el óxido que se le acumulara en el último periodo, pero no en las articulaciones sino en la cabeza. Y fue ahí

cuando se decidió a llevar a cabo esta idea, porque lo despertaron de un amargo sopor. Se lo notaba nuevamente animado.

El día elegido para la realización del evento se presentó, desde el punto de vista climático, en inmejorables condiciones. Le preguntaron, o mejor dicho, repreguntaron por nonagésimo quinta vez, si no prefería un salto conjunto (en tándem según los entendidos). La experiencia era similar y disminuían los riesgos pero, justamente él deseaba evitar esa compañía.



Cuando el avión despegó, los otros participantes le realizaron las bromas típicas, pero uno se pasó de la raya y le preguntó si se había puesto los pañales. La aventura casi termina inmediatamente, porque le tiró con una grampa que estaba suelta por allí y la cosa se desmadró por un momento. Calmados los ánimos y encontrándose a la altitud ideal, comenzaron a lanzarse al vacío (que estaba lleno de aire ¡qué contradicción!). El instructor dispuso ir después de él, para estar cerca por cualquier inconveniente. Acordaron que, el “aterizaje”, se llevaría a cabo sobre el gigantesco colchón inflable aportado por uno de los auspiciantes del evento (mejor no reproducir los slogan del espacio publicitario). La salida de la cabina fue acompañada por un tremendo redoble de corazón y el aire en la cara le hizo sentir que ya nada podría igualar esta experiencia.

Cualquier idea en la que pensara no tenía significado alguno. Tan extasiado quedó que se deshizo la noción del tiempo y no lograba interpretar las señas desesperadas que hacía su instructor, ya hecho un pequeño punto bajo la gran campana. Cuando por fin se dignó a mirar el reloj de altitud, se dio cuenta que la cosa se había complicado (esto de la gravedad es algo serio, pensó).

Desde el piso se veía un cuerpo en caída libre que no atinaba a ensayar defensa alguna. Alguien, mirando en una conocida cancha de la zona un choque entre dos equipos de la ciudad, que quedó en la memoria de todos porque ese día ganó el local su único partido del campeonato (lógicamente todavía se vinculan ambos hechos), siguió la trayectoria del volátil humano hasta que los árboles le taparon la visual y, sin más necesidad de noticias, se persignó y dijo una oración “in memoriam” del infortunado.

Pero, la historia no terminó con el estrepitoso encuentro del paracaidista y el suelo sin ningún tipo de atenuantes (igual, deberíamos interrogarnos si corresponde sustantivarlo de esa manera, aunque no haya intentado abrir el elemento que determina esa denominación) porque, parece que días después, el instructor de aquel salto (éste sí lo abrió, al paracaídas digo), escuchó algo que le soplaban al oído sin poder identificar la procedencia. Creyó reconocer la voz, pero como era imposible que fuera él, lo asoció a la alteración de las percepciones sufrida luego de un hecho traumático como el vivido recientemente, y lo mantuvo en secreto. Tiempo después, se animó a contarlo (quizás intentando conjurar al parlanchín) porque el otro seguía hablando sin parar, siempre la misma cantilena, y relató que

la voz le dijo (le decía, constantemente) eufórica “¡Qué velocidad macho...qué sensación!”, para terminar lamentándose “Ah, si no hubiera que tirar de la puta cuerda, sólo volar... volar”.

Pensamiento lateral

A los pocos minutos de iniciada la pelea (o paliza) entendió que no sería una noche fácil. En el descanso entre vuelta y vuelta (más o menos así lo estaban cocinando) el tumulto alrededor del banquito reforzaba su idea. El combate se le presentó irresoluble, como parido por el destino. Los muchachos del equipo hicieron todo lo acostumbrado, pero él sentía el efecto contrario: el frío para evitar la inflamación fue expansor de los prominentes hematomas, el agua bebida, al correr por su cuerpo le quemó piel y entrañas. Le untaron la cara con vaselina para hacer deslizar los guantes del oponente minimizando el impacto pero, ésta atraía los golpes, adhiriéndolos a su rostro, que le reclamaba al cerebro que buscara alguna solución para frenar aquel tormento.

Como si fuera poco lo dicho hasta ahora, el desgraciado de enfrente no se contentó con envíos sólo a la cabeza. Tenía los brazos dormidos de amortiguar golpes (en verdad los primeros tres o cuatro, momento en que pudo asumir una actitud casi boxística), los riñones estaban para trasplante y le había entrado una trompada limpita a la boca del estómago, quitándole todo el aire de los pulmones y zonas aledañas.

Además, constató en pleno combate que sus miembros superiores se encogían. No lograba cubrir con ellos ninguna parte vital de su físico y en el intento de lanzar golpes, le impresionó sentir a las manos nacer directamente desde los hombros. En cuanto a las piernas, vivió un fenómeno extraordinario, como si le hubieran implantado las patas

traseras de un caballo de tirar carro. Dos columnas que le permitían estar de pié a pesar de todo el castigo recibido. Pero, como buenas columnas, hacían el honor a su condición principal: eran inamovibles. Lo dejaron quietito en el ring para recibir todo lo que le tiraba su contrincante, pero sin claudicar ¡Cómo le hubiera gustado caer como un balde de agua y desparramarse, sin ninguna posibilidad de que juntaran lo que contenía para volverlo al suplicio! Pero ahí estaba, fajado desde todos los ángulos y firme como un granadero. Para colmo, los mínimos vocablos que podía articular eran mal interpretados por su rincón, que lo iba a buscar cada final de round y lo arrastraba hasta el banquito. Les pidió la toalla, pensando en arrojarla para abandonar, y los perejiles estos le secaron la cara. Cuando quiso echar luz sobre este punto (acción algo pretenciosa para el momento), ya había sonado la campana de nuevo.

La visión, disminuida de manera considerable, digamos que a un poco más allá de sus guantes, iba mermando. Al rival lo recordaba, pero no más que eso. La data de la última imagen que tenía de él, era de tres vueltas atrás aproximadamente (no reclamen precisión histórica en semejante transe). Entonces, al comenzar la séptima estación de este vía crucis, mientras sus firmes piernas sostenían lo más campantes lo que iba quedando de la cintura para arriba, tuvo la idea que cambió no sólo el final previsible de la pelea sino el de toda su carrera deportiva. Por primera vez en la noche tomó conciencia de que arriba del cuadrilátero no eran sólo él y su contrincante. Un tercer involucrado hacía alguna cosa diferente a ellos. Lo supo porque en un momento sintió una mano suave (la única en toda la noche) de goma, que apenas lo empujó sin poder moverlo (recuer-

den lo de las piernas) y preguntó algo así como “¿Quieres seguir con esto?” Él creyó contestar que no, pero parece que le entendió que sí. Sin embargo, la consulta sirvió para delatar su presencia y comenzó a buscarlo, porque supo que allí estaba la solución. Su desplazamiento, que por primera vez se daba en la pelea (un auxilio que le prestaron las piernas de manera desinteresada), ilusionó a su rincón que parecía estar atendiendo a otro boxeador. La escasa movilidad alcanzó para confundir al oponente (a quien se le revelaba en este evento que combatía contra otro ser vivo), y le hizo errar los primero dos golpes de la noche (que casi lo festeja porque tenía los puños extenuados de tanto pegar). La tribuna reaccionó y las voces de aliento lo animaron a pensar que era posible aplicar su estrategia, diseñada para finalizar la pelea con un solo golpe. Tenía que jugarse a todo o nada. Si erraba, era el acabose para sus posibilidades. Igual, realizó un último intento por terminar con todo aquello de una manera más rápida y quiso tirarse pero, comprobó lo que sospechaba ¡sus piernas eran seres independientes! Y quedó en una posición rara, como colgando de su propia cintura (un movimiento que aún hoy se le reconoce como intencional y que fue declarado mejor esquivo del año). Es de hacer notar que, ante esta extraña pose, su rival erró nuevamente un violento golpe y, en esta oportunidad, fue a parar a la lona (él se enteró en un video que le mostraron tiempo después, luego de que cediera la inflamación y le pegaran las retinas con láser).

Entonces, a la salida de ese porrazo, cuando el árbitro se acercó a ambos para darle el pase a su rival, él alcanzó a intuir su presencia y supo que era su última oportunidad o

tendría que transitar los doce asaltos (más que asaltos eran asesinatos). Y despachó el primer y único de sus envíos que impactó en algo que no fuera el aire. El mentón, la mandíbula aquella, se le apareció como una revelación, como una parte complementaria de su puño que lo reclamaba para el reencuentro añorado. El golpe de zurda viajó de izquierda a derecha, en una diagonal ascendente que fue tapa de todos los diarios (y digo que fue el golpe el que viajó y no el puño, porque ya había impactado antes de partir). El receptor se desmoronó como si le hubieran dinamitado los tobillos y dormía en la lona mientras los médicos preocupados trataban de reanimarlo, en tanto que su oponente, agradeciendo que hubiera elegido al árbitro como destinatario de tremendo piñón, le daba un abrazo reconciliador.



Encuentros

Una aventura más

Los primeros tendones que se tensaron en Rocinante fueron como un recuerdo imposible. La vida fue regresando poco a poco a las duplas de hombres y cabalgaduras. El paisaje, completamente extraño y familiar a la vez, los confundió sobremanera. ¿Por qué reconocían aquel lugar irreconocible? ¿Desde cuándo estaban allí?

No fue poco el esfuerzo que le demandó al hombre del caballo decidirse entre Quijano y Quijote. Al de la mula, escaso saber quién era.

El mar frente a los ojos era una incógnita a resolver, junto a ese sol que se ocultaba en las antípodas del océano.

“¿Qué es esto de Plaza España? ¿Será el último trozo de aquel nuestro reino?” se interrogó el caballero. Y luego, dirigiéndose a su acompañante:

–Amigo Sancho ¿Qué encantamiento nos ha trasladado a esta tierra? ¿Qué misión nos depara el destino? ¿Cuál fue la afrenta? ¿Qué disculpas debo conquistar para mi amada?

–Vengan las preguntas de a una, mí amo, que ya no recuerdo la primera – fue la respuesta del otro que, desde su ubicación, había observado algo que lo preocupaba.

Este mundo fantástico, con elevadísimas construcciones, carros sin caballos y extravagantes vestimentas no intimidaba al caballero, con gran experiencia en su currículum por haber sufrido mil encantamientos.

“Juro que encontraré el por qué de esta historia”, se prometió a sí mismo.

Los jinetes, sobre sus cabalgaduras, descendieron por los escalones de la plataforma donde se encontraban emplazados, ante la mirada de un grupo de jóvenes que compartían un cigarro de verde ensoñación. El humo llegó a la nariz de Don Quijote, que los miró de manera indescifrable y aprovechó la ocasión para preguntar:

—¿Saben decirme los mozos cómo se llama esta tierra y quién puede estar necesitándome?

—¡Claro amigo! Estamos en Mar del Plata —dijo uno de los muchachos.

—Y quizás lo esté esperando Alfonsina —agregó otro, descolocando a sus compañeros de hoguera.

Todos rieron entusiasmados. Unos por la ocurrencia y la nube, y el otro por la suposición de haber hallado la razón de su estadía.

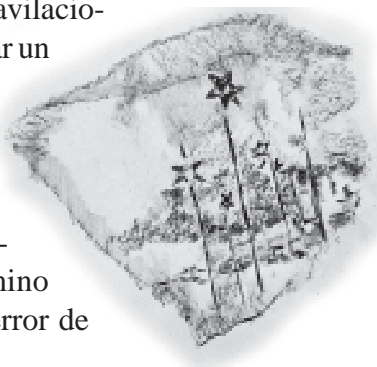
El fresco atardecer invernal había despoblado la zona, y las pocas personas que por allí deambulaban no parecían sorprenderse por el transitar de estos dos personajes. Igual se escucharon algunas conjeturas, a saber: “son dos de la montada que se están por jubilar”; “creo que trabajan delante de la Catedral, cinco mangos la foto”; “¡che, ya está la nueva policía municipal en la calle!”.

Sancho, enviado por su amo, se acercó a una pareja y consultó sobre cómo encontrar a Alfonsina, Señora del Mar y la Poesía, según se les había informado. Ellos contestaron gustosos, que derecho y por la mano de abajo, siguiendo la costa. El ladero regresó un tanto molesto, porque en esa dirección había divisado el peligro desde su escultural

mirador. Igualmente no se atrevió a tergiversar los dichos. Al emparejar a su amo, avanzaron al tranco, maravillándose de lo que era capaz la magia del gran encantador con el que se estaban batiendo. El hidalgo encontraba la explicación a la variedad de estilos arquitectónicos hallados, en la grandeza del rival, pero no el motivo de las feas construcciones asentadas en la arena, ocultando la inmensidad marina ¿Querría desorientarlos con esta decisión irracional?

Enmarañado en estas conjeturas encontró a su diestra, haciendo equilibrio en la explanada, a su nueva señora y protegida. Blanco hallazgo sobre el inclinado verde. Don Quijote se paró sobre los estribos delante de la poeta. Lanza en mano le hizo un gesto de sumisión y la interrogó sobre la pena que la aquejaba. La estática e incrédula Alfonsina vivió un momento de confusión. Por un lado, sentía deseos de dejarle en claro a ese hombre que ella se podía defender sola, que una mujer vale tanto como un hombre. Pero, por otro, creía reconocer en éste a aquél que una vez la despidiera en el puerto de Montevideo, arrojando fósforos encendidos como luciérnagas.

En tanto sucedían estas cavilaciones, el hombre creyó observar un movimiento leve de la doncella que adjudicó al colmo de la discreción, pero que contenía un mensaje solicitando el desagravio. Asumiendo que iba en el camino correcto marcharon, para terror de Sancho.



Los barrancos que avanzaban sobre el mar impedían la visión a distancia, pero luego de superado el más prominente, semiocultos como para llevar a cabo una emboscada, el protector halló la razón de las penurias. Grandes gigantes de brazos multicolores cual banderas, que se agitaban bravamente, poseedores de una altura descomunal. Para Sancho, sin embargo, eran molinos, diferentes a los que conocía de sus tiempos en La Mancha, pero molinos al fin.

Al trote, luego de encomendarse a su anterior señora y a la nueva beneficiaria, el caballero encaró con recia mirada a los eólicos ofensores. Ya Sancho, con los años, había comprendido que era inútil intentar detenerlo.

Angustiado observó la arremetía inicial y cómo el primer golpe contra uno de los caños sonó a campana de iglesia antigua. Sin sorpresa, vio que el rodar del amo desde el lomo de su caballo no lo detuvo. Tampoco las carcajadas de los pescadores que no podían creer lo que veían. Se escucharon, además, dos o tres aplausos de quienes lo tomaron por una representación.

En el cuarto intento contra el grupo de molinos (de los otros habían salido bastante bien parados) Rocinante golpeó reciamente una de las estructuras y ambos, maltrechos, luego de unos tropezones, cayeron por sobre la pared del paseo costero hacia el mar. Inmediatamente los hombres de las cañas organizaron un operativo de rescate y al subirlos, tras lucha estoica contra las fuerzas marinas al disputarle

los cuerpos, humano y animal estaban rígidos como una escultura. Sancho se acercó lamentándose y llorando a los gritos.

Entre todos los trasladaron de regreso a Plaza España para ubicarlos en su posición habitual. El fiel compañero se acomodó donde sentía que era su lugar, y lentamente obtuvo una solidez metálica.

Muy pocas personas fueron testigos aquel atardecer de lo sucedido y, de entre ellos, algunos todavía creen que fue una irrealidad. Los otros, ríen de los vagos argumentos ejercidos por la gestión municipal, para explicar la necesidad de cambiar las torcidas columnas vertebrales de aquellos gigantes.

Miradas

Un tenue sol de mediodía otoñal se filtra por el parabrisas. Carlos conduce su auto por la calle de tierra, junto a la ruta que abraza al pueblo. Abstraído en el análisis de las noticias que provienen de la radio, dobla a la derecha para tomar el camino a su casa y logra frenar muy cerca de la joven que cruza lenta y distraídamente. Paragolpes y pierna forman un mismo cuerpo. Ella, le obsequia una mirada cargada de palabras que se dibujan en el aire: “claro, el señor tiene auto y se lleva el mundo por delante. ¿Cuánto hace que no camina?” Él, no tiene pensado ahorrar en letras del tesoro y se despacha con una ocular ironía: “¿la señora espera que despliegue una alfombra roja para invitarla a cruzar la calle?”



Los dos, simulan continuar su camino sin dar mayor trascendencia a la conversación mantenida, pero se despiden con una común mirada sobre el límite del campo visual, que promete un nuevo encuentro. Él, acelera para desprenderse de esta

última sensación y ella balancea el morral acunándola.

Cuando baja del vehículo se sorprende al golpear la puerta. Se encuentra inexplicablemente irritado y acusa al hambre ¿quién se puede mantener de buen humor tantas horas sin comer? “Creo que tenía puesta una camisa”. La

heladera no muestra un panorama alentador. “El pantalón no le quedaba nada mal”. Para cocinar no cree que le alcance la paciencia. “Celeste o lila suave la camisa,... creo”. La fruta combate la ansiedad. El tilo puede relajarlo y el sillón rojo es un lugar más que adecuado para descansar. “Esos bolsos tejidos ¿cómo pueden gustarles?” Se acomoda y reacomoda en aquél lugar que siempre le había resultado confortable. “Pero, hay que estar en las nubes para cruzar así la calle. Estos almohadones ¿qué les pasa? Voy a tener que salir un poco. Debería ir a tomarme la presión, no me siento bien”.

–Nena, está lista la comida.

–Gracias má, pero no tengo hambre.

–No me vengas otra vez con esa historia, por favor.

–No me siento bien.

–¿Te pasa algo mí amor?

–No má, tranqui.

–Rubén, decile algo ¡por favor!

–Nena, no hagas renegar a tu madre.

–Rubén, ¡ese no es el problema!

–Chau, salgo a dar una vuelta.

–Pero nena, ¡recién llegaste!

–Ahora vuelvo, un beso.

Carlos camina hacia la sala de primeros auxilios. Quizás ni haga falta consultar por esta sensación, con la caminata es posible que se deshaga de ella. Envuelto en sus asuntos

baja de la vereda y da los primeros pasos por la calle. Al instante escucha un arrastrar de cubiertas sobre la tierra. Sorprendido, gira violentamente y la ve conduciendo la bicicleta. En un estado de confusión no atina a elegir ¿continuar o retroceder? Ella lo mira como diciéndole: “en el auto se lo veía más seguro, ¿el señor espera una alfombra roja para decidirse a cruzar?” Y él, buscando aquella mirada le reprocha a los ojos: “claro, ahora en vehículo la señora es impaciente”. Ella, afirma el pié en el pedal y él avanza con convicción una de sus piernas. Los corazones laten como dos motores desafiantes, y ambos largan al unísono el movimiento de sus cuerpos. Ella cae sobre él y la bicicleta corona la torre. Cuando se encuentran las miradas, ninguno de los dos logra transmitir disgusto. Sus ojos se besan prescindiendo del enredo de los cuerpos y el metal. Se levantan como pueden y tomados de la mano miran hacia la sala de primeros auxilios, que quizás ahora sí necesiten.

Sus manos creadoras

Cada uno había perdido sus propias manos tiempo atrás, ante un temor diferente que las retrajo. Él las ocultó dentro de diversos pares de guantes, según la ocasión y el ámbito. Siempre halló la excusa apropiada para no tocar directamente a nadie. Las de ella, con placer se desplazaban sobre largas telas, pero se prohibían pieles. Los cuerpos eran cubiertos para no enfundarlas.

El encuentro se inició con las fronteras de cada uno aparentemente invulnerables, similar a un desencuentro. Se observaban con temor y desconfianza, pero había deseante fuego visual cruzado. Alguno de los dos, no importa cual, fue el primero en descender la guardia y la cuesta. Con torpes movimientos dieron inicio a un tumultuoso descubrir, brindándose búsqueda y lucha con y contra el otro. Luego la competencia cedió y sintieron poseer lo que su otro necesitaba. Las manos, recién florecidas, participaron del gozo de ser parte del todo que integra sus partes.

Fueron lentamente amantes creadores. Entonces, cuando pudieron con todo su cuerpo, reconociendo y reconociéndose, sintieron que eso tampoco alcanzaba. Buscaron en cada rincón propio y ajeno y por un rayo de luz viajaron al encuentro. Fuera de ellos el regalo de conocerse un eterno segundo y en un



abrazo el regreso, para amarse en cada centímetro de piel,
a través de las mil formas de sus cuerpos.

Índice

Orígenes

El sillón del abuelo	13
Día de cobro	17
El olvido retorna como memoria o ¿quién soy?	23

Marcas

Relator aficionado	29
Mis tres goles	33
Pasos aéreos, golpiza terrena	37
Autodesagravio	39

Aprendizajes

El regalo de Tizón	45
¿Destino?	49
Pobre gente	53

Búsquedas

La búsqueda caminada	59
Fugando hacia la calma	61
Rengo volador	65
Pensamiento lateral	69

Encuentros

Una aventura más	75
Miradas	80
Sus manos creadoras	83

Este libro se terminó de imprimir
en el mes de enero de 2018



Alvarado 2049 – Salta (Rep. Argentina)
Teléf. (0387) 620 5463 - (0387) 422 9473
WhatsApp: +54 9 387 411-5555
E mail: victorhanne@hotmail.com
Facebook: Editorial Hanne
Skype: Víctor Manuel Hanne

